

Rituales mortuorios y ceremonial cívico: José de San Martín en el panteón argentino *

BEATRIZ BRAGONI

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina)

Universidad Nacional de Cuyo

bbragoni@mendoza-conicet.gob.ar

RESUMEN

El siglo XIX hispanoamericano exhibe una verdadera saga de ceremoniales funérebres destinados a enaltecer el papel de los grandes hombres en la configuración del arsenal simbólico que contribuía a moldear la mitología fundacional de los estados nacionales. El lenguaje estatal republicano hizo de la asociación entre héroe, cuerpo nacional y posteridad un recurso de afirmación de la autoridad nacional y de cohesión social y política. Convertidos en piezas angulares en la fabricación del panteón nacional, los funerales de Estado realizados a lo largo del siglo XIX en la mayoría de las repúblicas hispanoamericanas se convirtieron en instrumentos formidables de construcción política y cultural. En esta línea, el presente artículo se ocupa de contextualizar la dilatada empresa de colocación de José de San Martín como héroe nacional argentino en las coordenadas de los rituales funerarios del siglo XIX europeo e hispanoamericano.

Palabras clave: José de San Martín, rituales mortuorios, ceremonial cívico, héroes de la independencia hispanoamericana, usos políticos del pasado

* Una versión preliminar de este ensayo fue presentada en el Segundo Fórum de Sociología de la Asociación Internacional de Sociología, celebrado en Buenos Aires del 1 al 4 de agosto de 2012. Agradezco los comentarios recibidos por Sandra Gayol, Hilda Sabato, Jaime Peire y Alejandro Cataruzza, como también las valiosas y eruditas sugerencias realizadas por los evaluadores anónimos de *Histórica* que recomendaron su publicación.

ABSTRACT

The nineteenth century in Spanish America exhibits a true saga of funeral ceremonies intended to exalt the role of great men in the configuration of the symbolic arsenal which contributed to molding the foundational mythology of nation-states. The Republican state language turned the association between hero, national body and posterity into a resource of the affirmation of national authority and social and political cohesion. Converted into keystones in the building of the national pantheon, State funerals carried out during the 19th century in the majority of the Spanish American republics became formidable instruments of political and cultural construction. Along these lines, the present article is occupied with contextualizing the slow process of placing José de San Martín as an Argentine national hero within the coordinates of 19th century European and Spanish American funerary rituals.

Key Words: José de San Martín, Mortuary rituals, Civic ceremony, Heroes of Spanish American independence, Political uses of the past



El culto a los guerreros tiene una historia milenaria. Las tumbas erigidas a los caídos en los conflictos armados generan atracciones, entrelazan una malla de recuerdos sobre el tiempo pasado y reactivan compromisos entre los que están vivos. Las tumbas de los héroes actualizan mitos, y las formas monumentales que adoptan no solo están destinadas a representar jerarquías sociales. La elevación de los mausoleos o monumentos que preservan los restos supone el carácter estelar o celestial del homenajeado frente al común de los mortales, que le deben reverencial respeto. Las tumbas de los héroes, entonces, se convierten en «lugares de memoria» para la comunidad de los sobrevivientes, y por ello los rituales y ceremonias que en torno de ellas se realizan, generan un espectáculo excepcional que reactualiza el vínculo entre los muertos y los vivos.¹

¹ Sobre este tema ver Rader, Olaf B. *Tumba y poder. El culto político a los muertos desde Alejandro Magno hasta Lenin*. Madrid: Siruela, 2006; y Nora, Pierre (dir.). *Les lieux de mémoire*. París: Gallimard, 1984-1997.

El siglo XIX hispanoamericano exhibe una verdadera saga de ceremonias fúnebres destinadas a enaltecer el papel de los grandes hombres en la configuración del arsenal simbólico que contribuyó a moldear la mitología fundacional de los estados nacionales. Sobre la base de la combinación selectiva de prácticas culturales heredadas de la tradición barroca, y de los nuevos contextos institucionales y políticos, el lenguaje estatal republicano hizo de la asociación entre individuo (o héroe), cuerpo nacional y la posteridad un recurso de cohesión social y de afirmación estatal y política. Convertidos en piezas angulares de la fabricación del panteón nacional, los funerales de Estado realizados a lo largo del siglo XIX se tornaron en instrumentos formidables de construcción política y cultural, por lo que su análisis ha resultado eficaz para examinar, entre otras cosas, las implicancias de la manipulación estatal destinada a dotar al régimen político de una metanarrativa articulada, así como su impacto relativo en la transformación del ritual funerario en memorial cívico.² En rigor, los estudios disponibles han abonado el giro interpretativo que vigorizó la renovación de las historiografías de las independencias y la formación de los estados republicanos, renovación que puso en entredicho el «mito» nacional de origen (la preexistencia de la nación al Estado) sobre el que habían reposado las narrativas nacionalistas clásicas.³

² Con respecto a este asunto, ver Chust, Manuel y Víctor Mínguez (eds.). *La construcción del héroe en España y México, 1789-1847*. Zamora/Valencia: El Colegio de Michoacán/Universitat de Valencia, 2003; y McEvoy, Carmen (comp.). *Funerales republicanos en América del Sur: tradición, ritual y nación, 1832-1896*. Santiago de Chile: Centro de Estudios Bicentenario, Instituto de Historia, 2006.

³ Para la renovación de las historiografías de las independencias véanse en particular Halperin Donghi, Tulio. *Crisis y disolución de los imperios ibéricos*. Madrid: Alianza Editorial, 1986; Guerra, François-Xavier. *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Madrid: MAPFRE, 1992; Rodríguez, Jaime. *La independencia de la América española*. México, D.F.: El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 1996. El problema de las naciones y de los nacionalismos ha dado lugar a un notable debate. Véanse, entre otros, los siguientes trabajos: Hobsbawm, Eric. *Naciones y nacionalismos desde 1780*. Barcelona: Crítica, 1991; Hobsbawm, Eric y Terence Ranger (eds.). *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica, 2002; y Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1993.

En las últimas décadas, la historiografía argentina ha contribuido a develar la ingeniería institucional, literaria y monumental que permitió erigir el panteón heroico nacional, y también ha dado cuenta de las aceitadas maquinarias oficiales puestas al servicio de la argentinización de los hijos de contingentes enormes de inmigrantes europeos que arribaron al país entre fines del siglo XIX y el estallido de la Primera Guerra Mundial.⁴ En aquel tramo de la vida histórica argentina, conmovida por un vigoroso ciclo de transformación económica, demográfica y sociocultural, la convicción de formar una conciencia nacional, que atemperara el acecho de identidades rivales o en disputa, obsesionó a las dirigencias republicanas, por lo que la conformación de una cultura o conciencia histórica nacional imantó toda una batería de instituciones, productos y prácticas culturales. En ese escenario, la figura de José de San Martín consiguió erigirse entre sus contemporáneos y pasó a encabezar la pirámide de los padres fundadores de la patria, sobre la base de una serie de operaciones políticas e intelectuales que si bien fue tributaria de las iniciativas promovidas por los románticos argentinos (y latinoamericanos) en el siglo XIX, también fue resultado de sucesivas intervenciones eruditas y oficiales que sedimentaron imágenes y valoraciones sensiblemente distintas de las acuñadas por las narrativas nacionalistas decimonónicas.⁵

⁴ Véanse Burucúa, José Emilio y Fabián Campagne. «Mitos y simbología de la nación. Los países del Cono Sur». En Annino, Antonio, Luis Castro Leiva y François-Xavier Guerra (dirs.). *De los imperios a las naciones, Iberoamérica*. Zaragoza: Iber-Caja, 1994, pp. 349-381; Bertoni, Lilia Ana. *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001; y Gayol, Sandra. «La celebración de los grandes hombres: funerales gloriosos y carreras post mortem en Argentina». *Quinto Sol*. XVI/2 (2012), pp. 1-29.

⁵ La bibliografía dedicada a San Martín y a la revolución de independencia rioplatense es inacabable. Entre los relatos fundadores del siglo XIX, se destacan Mitre, Bartolomé. *Historia de San Martín y de la Emancipación Sud-Americana*. Buenos Aires: Jackson, 1950; y López, Vicente Fidel. *Historia de la revolución argentina desde sus precedentes coloniales hasta el derrocamiento de la tiranía en 1852*. Buenos Aires: Editorial Sopena, 1958. Entre las obras más representativas del siglo XX, se destaca Rojas, Ricardo. *El Santo de la Espada. Vida de San Martín*. Buenos Aires: Losada, 1940. Trabajos más recientes pertenecen a Pasquali, Patricia. *San Martín. La fuerza de la misión y la soledad de la gloria*. Buenos Aires: Planeta, 1999; Kohan, Martín. *Narrar a San Martín*. Buenos

El memorial sanmartiniano se materializó primordialmente en las ceremonias fúnebres que tuvieron lugar en Buenos Aires treinta años después de la muerte del general, cuando el gobierno nacional, presidido por el doctor Nicolás Avellaneda, dio por concluida la dilatada empresa de repatriación de sus restos desde su última morada francesa, la cual tenía como objetivo el conmemorar al héroe y dar por finalizadas «las obras de su glorificación». No se trataba de un momento fortuito o de circunstancias:⁶ por el contrario, el acontecimiento, que fue catalogado por el expresidente Domingo Faustino Sarmiento como la «ceremonia pública más importante del siglo XIX», se llevó a cabo el 28 de mayo de 1880 en el marco de los festejos conmemorativos de la formación de la Primera Junta Patriótica, por la que la vieja aldea porteña había roto lanzas contra el despótico poder español, y también en el marco del homenaje dedicado a Bernardino Rivadavia, quien fuera identificado como uno de los principales rivales de San Martín en Buenos Aires. Por medio de ese apretado, ecléctico y multitudinario calendario cívico, la iniciativa oficial no solo actualizaba la política de conciliación de partidos con la que el gobierno confiaba consolidar el sistema político; mediante esa triple faz conmemorativa (San Martín, la Junta y Rivadavia) procuraba fusionar el legado sanmartiniano en la tradición republicana y afianzar la autoridad y soberanía estatal en la totalidad del territorio nacional.

Las páginas que siguen exploran los contextos e intervenciones que concurrieron en la edificación heroica de San Martín en el siglo XIX. Se trata por cierto de un motivo nunca ausente en la copiosa literatura que desde entonces abonó sin denuedo la consagración del personaje ubicado en la cúspide del panteón nacional argentino. No obstante, el propósito que persigo consiste en ofrecer evidencias que atestiguan el papel desempeñado por San Martín en su propia representación heroica y la no menos decisiva intervención de su familia en ese resultado. Con ello pretendo problematizar

Aires: Adriana Hidalgo editora, 2005; y Lynch, John. *San Martín. Soldado argentino, héroe americano*. Barcelona: Crítica, 2010.

⁶ Para el clima político que acompañó la ceremonia de repatriación de los restos, puede verse Sabato, Hilda. *Buenos Aires en armas. La revolución de 1880*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.

algunas convenciones historiográficas que han tendido a considerar la fabricación de los héroes y los mitos como producto casi exclusivo de operaciones intelectuales y políticas posteriores o póstumas, sin advertir lo suficiente en los protocolos argumentativos y prácticos que los propios actores pusieron en marcha en vistas a preservar su honor y reputación patriótica.⁷ El trayecto de San Martín ofrece, a mi juicio, un mirador privilegiado, ya que al sobrevivir a la mayoría de sus contemporáneos, pudo ejercer una suerte de arbitraje sobre su propio legado, propiciando una necesaria selección de olvidos y recuerdos sujeta a modelar el «juicio de la posterioridad». Este último, precisamente, es un tópico medular del epistolario de San Martín, confeccionado antes y después de su fugaz y estelar protagonismo en las guerras de independencia sudamericanas; dicho epistolario exhibe, sin contrastes, su visión de la historia y de la política.

Para ello he creído conveniente organizar mi argumentación en torno de tres núcleos. El primero incursiona en la autorrepresentación del personaje en su trayecto sudamericano y tiene como objeto identificar las intersecciones de sus iniciativas con la discreta red de soportes materiales y simbólicos destinados a ensalzar desempeños y motivos heroicos. El segundo enfatiza la decidida intervención de San Martín orientada a preservar su reputación patriótica durante la extensa estancia europea que siguió a su fracaso en el Perú, y tiene como propósito ilustrar el selectivo repertorio de argumentos y prácticas que contribuyeron a echar un manto de olvido sobre sus preferencias monárquicas en beneficio de un perfil primordialmente militar y americanista. El tercero considera ambos desarrollos temáticos en cuanto ayudan a contextualizar el zócalo interpretativo seminal sobre el cual descansaron las iniciativas intelectuales y monumentales que en Argentina, Chile y el Perú ensalzaron la consagración heroica de San Martín en clave republicana, como también permiten identificar los usos oficiales de su memoria en las décadas que siguieron a su muerte acaecida en Francia en 1850.

⁷ Sobre el giro hermenéutico y la pertinencia de rescatar las voces y prácticas de los actores en sus contextos, véase Altamirano Carlos. «De la historia política a la historia intelectual». *Prismas. Revista de Historia Intelectual*. 9 (2005), pp. 111-118.

LA REVOLUCIÓN Y EL MOTIVO HEROICO

Morir por la patria supuso una experiencia inédita para los protagonistas de las guerras de independencia hispanoamericanas. Con ello se ponía en evidencia no solo el influjo relativo de los nuevos estilos militares inaugurados con las guerras napoleónicas. La muerte en acción por la causa de América suponía un comportamiento ejemplar que merecía ser reconocido en cuanto justificaba la promesa de fundar un nuevo orden y el inicio de una era inaugural que pusiera término a los siglos de «despotismo» y «esclavitud». Esas trayectorias guerreras, las hazañas militares y sus tragedias se convirtieron en motivos privilegiados de toda una saga de manifestaciones literarias y estéticas que incluyó diferentes géneros y formatos: versos, cielitos, obras de teatro, canciones patrióticas y arquitecturas efímeras inspiradas en motivos del republicanismo clásico vinieron a dotar de nuevos sentidos a las imágenes, lenguajes y símbolos que hasta la víspera habían afianzado la lealtad al rey, sus leyes y su religión.⁸ Esa ingeniería simbólica habría de resultar eficaz para afianzar al nuevo poder, justificar esfuerzos y enaltecer las acciones heroicas y gloriosas de quienes integraban las huestes de los ejércitos patriotas que luchaban por erradicar el poder español en América.

Como en otras partes, el Río de la Plata revolucionario ofrece un laboratorio fecundo para identificar no solo la manera en que las prácticas y sensibilidades patrióticas abonaron las emociones y la cultura política de los selectos círculos patricios, sino también —y muy especialmente— las formas en que el patriotismo revolucionario influyó en la cosmovisión de los sectores o grupos plebeyos exigidos (o no) a sostener los servicios

⁸ Véanse los siguientes trabajos de Jaime Peire: «La circulación del sentido de pertenencia en los cielitos patrióticos durante el ciclo revolucionario, 1810-1820». En Peire, Jaime (comp.). *Actores, representaciones e imaginarios. Homenaje a François-Xavier Guerra*. Caseros: Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2007, pp. 125-164; «La Argentina de los sentimientos en la lírica rioplatense del ciclo revolucionario: 1767-1825». *Anuario del Instituto de Estudios Histórico Sociales*. 23 (2008), pp. 17-46; y «Los sentimientos de pertenencia y su evolución en la producción literaria rioplatense». En Terán, Marta y Víctor Gayol (eds.). *La Corona rota. Identidades y representaciones en las independencias iberoamericanas*. Castellón de la Plana: Universitat Jaume I, 2010, p. 229-262.

de guerra.⁹ De ese clima se haría eco el entonces coronel José de San Martín al momento de obtener su primer triunfo militar como oficial contratado por el gobierno de la «insurrecta Buenos Aires». Luego de confeccionar el parte de guerra de San Lorenzo (1813), en el que informó a sus superiores el ejemplar desempeño de sus subalternos y el número de muertos, ordenó dar cristiana sepultura a estos últimos en la fosa común del camposanto anexo al convento del Rosario, acto en el que el presbítero Julián Navarro pronunció el responso junto a un coro de treinta frailes del convento. Sin embargo, el ritual fúnebre dispuesto por el jefe del regimiento de granaderos no concluyó con esa ceremonia. Al mes siguiente, ya en Buenos Aires, inició gestiones ante la Asamblea Soberana para realizar un homenaje a los caídos en el campo de batalla: allí destacó el valor y arrojo de un granadero oriundo del litoral rioplatense, el negro Juan Bautista Cabral, porque antes de morir solo había proferido «ayes por la Patria». Días después, la iniciativa sanmartiniana de evocar a los muertos de San Lorenzo exhibió un nuevo estadio al colocarse en la puerta del cuartel del Retiro un tablero oval con la siguiente inscripción: «Al soldado Juan Bautista Cabral, muerto en la acción de San Lorenzo el 3 de febrero de 1813»; según testigos, dicho tablero era saludado regularmente por oficiales y soldados.¹⁰

⁹ El papel del patriotismo revolucionario fue advertido por Halperin Donghi, Tulio. *Tradición política española e ideología de Mayo*. Buenos Aires: CEAL, 1984. Trabajos recientes sobre dicho asunto pertenecen a Myers, Jorge. «Una revolución en las costumbres: las nuevas formas de sociabilidad de la elite porteña, 1800-1860». En Devoto, Fernando y Marta Madero (coords.). *Historia de la vida privada en la Argentina, país antiguo*. Buenos Aires: Taurus, 1999, t. I. pp. 111-145; Di Meglio, Gabriel. *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2007; y Bragoni, Beatriz. «Esclavos, libertos y soldados. La cultura política plebeya en tiempo de revolución». En Fradkin, Raúl (comp.). *¿Y el pueblo donde está? Contribuciones a la historia popular de la revolución de independencia rioplatense*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2008, pp. 107-150.

¹⁰ El ritual fue descrito, entre otros, por el general Gerónimo Espejo en *El Paso de los Andes. Crónica histórica de las operaciones del ejército de los Andes para la restauración de Chile en 1817*. Buenos Aires: Kraft, 1953, pp. 53-54. La decisión de honrar la memoria del soldado Cabral no era fortuita: si bien San Martín no hizo ninguna alusión a la condición étnica del héroe plebeyo, resulta por demás probable que el ritual se inscribiera

Si bien el homenaje al soldado muerto en acción permite identificar una especie de horizontalidad de la experiencia épica,¹¹ las concepciones y representaciones heroicas estuvieron destinadas principalmente a distinguir el desempeño de los grandes hombres. Naturalmente, las imágenes de Napoleón o de Washington rutilaban como íconos de las jefaturas guerreras, y no resultó casual que fueran asociadas con las de los libertadores de los pueblos americanos como Bolívar o San Martín. Y aunque la prensa revolucionaria se convertiría en cantera primordial del lenguaje e imaginario heroico, los relatos escritos por oficiales europeos que participaron en las guerras de independencia hispanoamericanas con posterioridad a la debacle napoleónica habrían de contribuir decididamente a acuñar versiones sobre las campañas militares que ganaron difusión en círculos europeos y americanos antes de 1830.¹² Con muy pocas excepciones —como las memorias o descripciones de Mary Graham o Lord Cochrane—,¹³ esos escritos proveyeron imágenes compactas y ejemplares sobre el desempeño militar y moral de las jefaturas revolucionarias, y avanzaron incluso en la caracterización de rasgos y dotes personales con el propósito de enfatizar la naturaleza excepcional de los

en una política de mayor alcance del gobierno revolucionario, que estaba destinada a cohesionar los cuerpos de blancos y de negros de los regimientos patriotas. Al mismo tiempo, dicha iniciativa procuraba atemperar las eventuales tensiones suscitadas a raíz de la legislación libertaria dispuesta por la Asamblea soberana en favor de la población esclava en la jurisdicción de las Provincias Unidas.

¹¹ Rabinovich, Alejandro. «La gloria, esa plaga de nuestra pobre América del Sud». *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*. En <<http://nuevomundo.revues.org/56444>> (puesto en línea el 2 de febrero de 2009).

¹² Aunque el tema escapa a los objetivos de este trabajo, resulta oportuno considerar el peso de esa escritura sobre las narrativas posteriores. Véase Prieto, Adolfo. *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina (1820-1850)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2006.

¹³ Se hace referencia aquí a que la circulación de las crónicas y/o relatos que destacaron el desempeño de los jefes y ejércitos patriotas en las campañas de Chile y el Perú resultó simultánea a la edición de versiones que señalaban o ponían en duda la estrategia militar y/o las decisiones políticas de la conducción revolucionaria. Véanse Graham, María. *Diario de su residencia en Chile (1822) y de su viaje al Brasil (1823)*. Madrid: Editorial América, 1910; y Cochrane, Tomás. *Memorias*. Lima, 1863.

«genios de la revolución».¹⁴ En lo que a San Martín respecta, vale consignar que esa fue la versión aportada en 1829 por el general Guillermo Miller no solo al exaltar sus destrezas para poner en marcha la disciplina y entrenamiento militar de la maquinaria guerrera que cruzó los Andes y reconquistó Chile a la causa americana, sino al atemperar las versiones negativas sobre su cuestionado desempeño militar y político en el Perú. El rescate de Miller venía a abonar la descripción que el capitán escocés Basil Hall había ofrecido en 1825. Este, tras finalizar el relato sobre el peregrinaje de San Martín en Chile y el Perú, avanzó en la descripción de su rostro y de su carácter «sobresaliente» como militar y estadista, ya que inspiraba «respeto de otros hombres»; por lo anterior, no dudó en calificarlo como el «principal actor de la independencia sudamericana».¹⁵

En sentido estricto, dichas versiones no eran demasiado distintas de las ofrecidas por el capitán norteamericano Henry M. Backenridge, quien, sin haber conocido a San Martín, anotó en sus impresiones de viaje publicadas en 1819 pasajes que exaltaban el desempeño excepcional del oficial que había abandonado el pendón real para volcar sus habilidades en las «guerras de revolución» de una parte de América del Sur, había formado un ejército en el que la disciplina era la norma y había afianzado la independencia de las Provincias Unidas y de Chile. En sus palabras: «Exceptuando la entrada del general Washington en Filadelfia, y la del general Jackson en Nueva Orleans, no hay ejemplo en la historia moderna del respeto tributado a San Martín, cuando entró en Buenos Aires después de la batalla de Maipú, en la que Chile fue vuelto a rescatar por él».¹⁶

¹⁴ El tema daría lugar a otro trabajo, por lo que aquí solo me referiré a las obras consultadas: Hall, Basil. *Con el general San Martín en el Perú. 1950, Año del Libertador Gral. San Martín*. Buenos Aires: Yapeyú, 1950; Haigh, Samuel. *Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1988; y Proctor, Robert. *Narraciones del viaje por la cordillera de los Andes*. Buenos Aires: El Elefante Blanco, 1998.

¹⁵ El relato de Basil Hall fue publicado en 1825 en francés; la obra fue traducida al español y publicada en Chile en 1906. La descripción de Hall se encuentra en *Con el general San Martín*, p. 184.

¹⁶ Backenridge, H. M. *La Independencia Argentina. Viaje a América del Sur por orden del gobierno americano los años 1817 y 1818 en la fragata "Congreso"*. Buenos Aires: El Elefante Blanco, 1999, p. 342.

En rigor, la caracterización del accionar de los principales artífices de las independencias hispanoamericanas hizo de la asociación entre los conceptos de «genio» y «libertador» componentes ineludibles del vocabulario político revolucionario. Si bien dicha asociación guardaba sintonía con la reinención de la matriz heroica proyectada por los filósofos de la Ilustración y la experiencia napoleónica, aquella no solo habría de figurar en la profusa política de propaganda activada por los revolucionarios.¹⁷ También estructuró los propios lenguajes y representaciones de estos últimos con el fin de ensalzar el presente de excepción que la revolución había introducido en sus periplos vitales, del mismo modo que legitimó su desempeño ante los ojos de sus contemporáneos y en vistas al «juicio de la posteridad». San Martín daría cuenta de esas convicciones en los oficios que remitió a sus superiores, en el intercambio epistolar que mantuvo con sus amigos y camaradas, y en las proclamas que dirigió a sus soldados y a los pueblos rioplatenses, chilenos o peruanos, actitud que tuvo desde que se integró como oficial de los cuerpos armados dependientes del gobierno revolucionario con sede en Buenos Aires. Las huellas documentales que atestiguan la vigencia de esas concepciones son numerosas. Pero habría de ser la proclama que dirigió a sus compatriotas del Río de la Plata poco antes de emprender la expedición militar al Perú —y la teatral ceremonia de despedida que tuvo como escenario la bahía de Valparaíso (que describió Miller)— una de las piezas documentales más fecundas para interpretar la manera en que el personaje trazaba una genealogía propia, daba a conocer su defensa pública y enlazaba su propia suerte a la estela triunfal de la revolución rioplatense y continental. En uno de sus párrafos más sobresalientes, San Martín expresaba lo siguiente:

¹⁷ Sobre este punto véanse, en particular, Vovelle, Michel. «La Revolución Francesa. ¿Matriz de la heroicidad moderna?». En Chust y Mínguez (eds.), *La construcción del héroe*, pp.19-29; y Villavicencio, Susana. «El héroe de la emancipación sudamericana: San Martín y Bolívar en la mirada de Sarmiento». *Boletín de la Biblioteca del Congreso de la Nación*. 125 (2010), pp. 25-36.

¡Provincias del Río de la Plata! El día más célebre de vuestra revolución está próximo a amanecer, voy a dar la última respuesta a mis calumniadores: yo no puedo menos que comprometer mi existencia y mi honor por la causa de mi país; y sea cual fuere mi suerte en la campaña del Perú, probaré que desde que volví a mi patria, su independencia ha sido el único pensamiento que me ha ocupado; y que no he tenido más ambición que la de merecer el odio de los ingratos y el aprecio de los hombres virtuosos.¹⁸

Naturalmente, esa intervención estaba dirigida a atemperar las críticas que pesaban en los círculos políticos rioplatenses sobre su cuestionada desobediencia al gobierno que lo había erigido en jefe del ejército de los Andes, y la correlativa sustracción de la fuerza militar que influyó en la debacle del orden político revolucionario a comienzos de 1820. Y si bien la literatura histórica anclada en las vertientes nacionalistas decimonónicas hizo de la memorable proclama un artefacto central de «moderación política» dispuesta a secundar el trayecto triunfal de la revolución de independencia,¹⁹ esa suerte de ejercicio autobiográfico obtenía significado en una malla de representaciones más dilatada y diversa. En 1817, el éxito de Chacabuco en Chile había inspirado al doctor Bernardo Vera y Pintado la composición de una glosa que terminaba exclamando: «Ciudadanos: al triunfo de la libertad precede siempre la gloria de las armas. Cooperad con vuestros Libertadores, uníos al héroe y vuestra independencia será el fruto de la virtud».²⁰ Entretanto, las alusiones heroicas se reprodujeron también en Buenos Aires, y los poetas no dejaron de dramatizar las victorias de San Martín colocando un retrato suyo en el

¹⁸ Proclama del 20 de agosto de 1820. En *Documentos Archivo San Martín* (en adelante DASM). Buenos Aires, 1910, t. VII, pp. 214-216.

¹⁹ Se trata de la interpretación seminal que su principal biógrafo, Bartolomé Mitre, elaboró sobre la base de los argumentos vertidos respecto de las decisiones de San Martín de abandonar a su suerte al gobierno rioplatense y al del Perú, cuando en este último país aún no había concluido la guerra de independencia. Esa matriz interpretativa fue recogida en el siglo XX, entre otros, por Levene, por Levene, Levene, Ricardo. *El genio político de San Martín*. Buenos Aires: DePalma, 1970, capítulos XII y XIII.

²⁰ Cit. en Ávila Martel, Alamiro de. *Impresos relativos a la declaración de la independencia de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1969, p. 15.

escenario. El motivo heroico también estuvo presente en el oficio que le dirigió el director supremo Juan Martín de Pueyrredón:

¡Gloria al restaurador de Chile! Sí, mi amigo querido, la fortuna ha favorecido los heroicos esfuerzos de usted y la América nunca olvidará la valiente empresa de usted sobre Chile, venciendo a la naturaleza en sus mayores dificultades. Usted venció y yo me glorío con usted y lo abrazo con toda ternura de mi alma reconocida a sus servicios.²¹

Por su parte, el cabildo de Buenos Aires fue menos enfático, aunque no dejó de subrayar la celebridad del personaje:

La ciudad de Buenos Aires, y por ella su municipalidad, felicita a V.E. y se congratula hasta el más alto grado al confesar deudor al heroico valor, esfuerzo y conocimientos militares de V.E. obra de tanto bulto y triunfo tan extraordinario, que hará célebre y eterno su nombre en los fastos de la revolución argentina.²²

En cambio, el saludo del ayuntamiento de San Juan fue mucho más explícito y vibrante al colocarlo en la estela de los «hombres famosos» que adornaban «la historia de las naciones que abandonaban la quietud de los siglos sin luz»:

No aguardábamos a nuestra edad un héroe que ilustrase los anales de la independencia del sud. Pero pensábamos mal: V.E. estaba destinado a engrandecer la revolución de América, y los siglos pasados se avergonzarán de no haber competido en el extraordinario parto del diecinueve.²³

Al año siguiente, luego de conquistar el triunfo sobre las fuerzas realistas en los llanos de Maipú (5 de abril de 1818), las representaciones heroicas volvieron a figurar en las actividades oficiales y en los escenarios

²¹ Del director Juan Martín Pueyrredón, Buenos Aires, 25 de febrero de 1817. En Pueyrredón, Carlos A. *La campaña de los Andes. Cartas secretas e instrucciones reservadas de Pueyrredón a San Martín*. Buenos Aires: Peuser, 1942, facsímil 98.

²² Cabildo de Buenos Aires a San Martín, 9 de marzo de 1817. En DASM, t. III, pp. 448-449.

²³ Cabildo de San Juan a San Martín, 5 de marzo de 1817. En DASM, t. III, p. 446.

porteños. Aunque San Martín había pedido a las autoridades abstenerse de cualquier homenaje durante su visita a la capital de las Provincias Unidas de Sudamérica, el Congreso soberano le tributó honores y ordenó confeccionar una lámina con su rostro envuelto en laureles. Entretanto, y mientras la ciudad lucía engalanada con arcos triunfales, *La Gaceta de Buenos Aires* del 13 de mayo de 1818 se había hecho eco de la sobriedad del ilustre vencedor de Maipú invitándolo a aceptar la gratitud pública, que ya los poetas, como nunca antes, habían cantado «las glorias del general y de sus bravos con producciones dignas de su elevado asunto y de la posteridad». El teatro porteño también lo tuvo como protagonista: en una de las veladas, y en medio de un salón adornado «con la mayor magnificencia», se colocó un busto del general San Martín al tiempo que la melodía musical daba paso al actor vestido de particular, quien después de inclinarse ante el retrato, expresó:

Héroe de Chacabuco, tú presides
 La independencia del indiano suelo;
 Tú surcaste afanoso el ancho Océano
 Por tomar parte de nuestro justo empeño,
 Y odiando el crimen, la virtud amando,
 Instruyendo a los libres con desvelo,
 Supiste sus deberes enseñarles
 A la par de sus ínclitos derechos
 Héroe del gran Maipú, sitio admirable,
 Sitio de sangre, llano y de trofeos
 Donde la tiranía halló su tumba,
 Y nuestra libertad su a gusto templo!
 ¡Tú viste a San Martín a la cabeza
 De los bravos con ánimo sereno!
 Desprecian el peligro con tal jefe,
 Su sangre a borbotones mancha el suelo
 ¡Qué importa, más el pecho les inflama!
 Gritan viva la PATRIA!

.....

Mirad a SAN MARTÍN que defendiendo
 Vuestros derechos justos, libre deja
 El país más hermoso y más ameno!²⁴

Mientras tanto, en Santiago de Chile las celebraciones habían sido austeras: si bien la eufórica recepción popular a los libertadores en la capital cumplió con los rituales de rigor, las tensiones alojadas al interior de los grupos patriotas a raíz del fusilamiento de los hermanos Juan José y Luis Carrera en Mendoza, la dudosa muerte del líder plebeyo Manuel Rodríguez, la cuestionada intervención de los hombres de la Logia Lautaro y del ejército de los Andes en los asuntos chilenos,²⁵ y las severas restricciones del erario público para cumplir en tiempo y forma con los servicios militares y asistir a los heridos, obligaron a postergar los festejos hasta el 5 de mayo.²⁶ Pero ese difícil contexto no impidió que una vez vuelto a Santiago, San Martín (así como el director Bernardo O'Higgins) echara mano al retrato como instrumento de propaganda y justificación. Los óleos de los libertadores pintados por el mulato limeño José Gil de Castro, el artista que antes había retratado a los virreyes y reproducido las imágenes del monarca en el virreinato del Perú,²⁷ fueron expuestos el 12 de febrero de 1818 en la ceremonia que enmarcó la declaración de la independencia de Chile. El solemne acto, que Tomás Guido definió como «el más suntuoso e imponente de cuantos nos presente la historia del Nuevo Mundo desde su ominosa conquista», se llevó a cabo en el primer aniversario de la batalla de Chacabuco, cuando

²⁴ «El Triunfo» (pieza teatral), Archivo General de la Nación (Buenos Aires), Sala VII, Fondo Celesia.

²⁵ Bragoni, Beatriz. *José Miguel Carrera. Un revolucionario chileno en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Edhasa, 2012.

²⁶ Ferrada Walker, Luis Valentín. *La batalla de Maipú*. Santiago de Chile: Centro de Estudios Bicentenario, 2012, pp. 272-273.

²⁷ Ver Wuffarden, Luis E. «Gil de Castro, el pintor de los libertadores». En O'Phelan Godoy, Scarlett (comp.). *La independencia del Perú. De los Borbones a Bolívar*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú-Instituto Riva-Agüero, 2001, pp. 455-477; y Malosetti Costa, Laura. «¿Verdad o belleza? Pintura, fotografía, memoria, historia». *Crítica Cultural*. IV/2 (2009), pp. 11-123.

todavía la guerra contra los realistas e indígenas del sur chileno estaba lejos de haber concluido. Por tal motivo, las imágenes de San Martín y O'Higgins encabezaron las celebraciones en diversas localidades chilenas reproduciendo los rituales festivos que hasta la víspera habían afianzado la autoridad del rey y la monarquía española.

De modo semejante, los navíos o buques que pasaron a integrar la escuadra naval con la que las fuerzas patriotas acecharían el poder español en el Pacífico y avanzarían sobre el Perú, harían del nombre de los libertadores un recurso adicional de reputación patriótica: en 1817, el Águila, bergantín español secuestrado en la bahía de Valparaíso, fue bautizado con el nombre del director Pueyrredón, y la fragata inglesa Windham recibió el nombre de Lautaro en honor a los hombres de la logia. Por su parte, en los meses que siguieron al éxito militar de Maipú, San Martín y O'Higgins se hicieron acreedores de homenajes equivalentes cuando el buque Cumberland, que había sido comprado en Londres, y la fragata María Isabel, que había sido apresada en Talcahuano por los patriotas, se hicieron portadores de los nombres de ambos libertadores, respectivamente. La oficialidad intermedia de los ejércitos patriotas tampoco estuvo ausente de la influencia en el modelaje de los héroes de la independencia: la descripción de las hazañas militares por el francés Ambrosio Cramer, quien sirvió al ejército de los Andes y luego regresó a París, dio lugar a que el célebre Teodor Gericault compusiera una litografía del general San Martín que se difundió en Buenos Aires hacia 1820.²⁸ Ya en Lima, las alusiones heroicas al principal artífice de la independencia se hicieron visibles en distintos escenarios y formatos:²⁹ en medio de las manifestaciones de afecto brindadas a quien se autoproclamó Protector del Perú, y de la creación del arsenal simbólico del nuevo bastión independiente (que incluyó la bandera y el himno), un grupo de curas celebró sus

²⁸ Gutiérrez Viñuales, Rodrigo. «Construyendo las identidades nacionales: Próceres e imaginario histórico en Sudamérica». En Chust y Mínguez (eds.), *La construcción del héroe*, p. 284.

²⁹ Para una recreación e interpretación de las ceremonias que acompañaron el ingreso de San Martín en Lima, véase Ortemberg, Pablo. *Rituels du pouvoir à Lima. De la monarchie à la République (1735-1828)*. París: Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, 2012.

campañas militares por haber roto «las enormes cadenas que esclavizaban el Imperio de los Incas», y asoció su grandeza con la exhibida solo en los «tiempos de los Fabios y Washingtones». ³⁰ Y en Buenos Aires, mientras que el ministro Rivadavia solicitaba al poeta Esteban de Luca componer una pieza celebratoria del acontecimiento «más memorable de los que se registran en la historia de la revolución», ³¹ el artista Mariano Carrillo pintaba por primera vez al Protector de cuerpo entero, infligiendo un giro en las representaciones del héroe. ³²

Sin embargo, la experiencia peruana y su fracaso dieron lugar a una vuelta de tuerca de la estrategia justificatoria de San Martín. Como antes, los argumentos fueron volcados en la proclama que dirigió esta vez a los peruanos en medio de las expectativas abiertas por su renuncia indeclinable y la apertura del Congreso. ³³ Allí volvió a hablar en primera persona, trazó el bosquejo de su periplo libertador, advirtió los riesgos que pendían sobre el horizonte republicano y señaló que había cumplido con las promesas de liberar América. San Martín señaló lo siguiente:

He presenciado la declaración de la independencia de Chile y el Perú, tengo en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el imperio de los Incas; he cesado de ser hombre público, y así estoy recompensado, con usura, de diez años de revolución y guerra. Mis promesas a los países

³⁰ *Gaceta del Gobierno de Lima Independiente*. 14 (25 de agosto de 1821), pp. 61-62.

³¹ El canto lírico se tituló «A la libertad de Lima por las armas de la Patria al mando del general don José de San Martín» y fue impreso en la Imprenta de la Independencia en octubre de 1821.

³² Ver Carril, Bonifacio del. *Iconografía del general San Martín*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1971; y Majluf, Natalia. «De cómo remplazar a un rey: retrato, visualidad y poder en la crisis de la independencia (1808-1830)». *Histórica*. XXXVII/1 (julio 2013), pp. 73-108.

³³ La literatura sobre la independencia del Perú y la gestión de San Martín es abundante, por lo que citaré tan solo los siguientes textos: Anna, Timothy. *La caída del gobierno español en el Perú. El dilema de la independencia*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2003; Hamnett, Brian. *Revolución y contrarrevolución en México y el Perú. Liberales, realistas y separatistas, 1800-1824*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2008; y Gálvez, José. «El Perú como Estado: proyectos políticos independentistas». En O'Phelan (comp.), *La independencia del Perú*, pp. 319-350.

en que hice la guerra están cumplidas, les di la independencia y les dejé la elección de su gobierno.³⁴

Pero si ese vector estaba destinado a atemperar la catarata de críticas despertadas por su frustrado intento de monarquizar el Perú y la inesperada decisión de abandonar dicho país —que hizo decir al mismísimo Tomás Guido «jamás perdonaré su retirada»—,³⁵ la urgencia u obsesión por contrarrestar los efectos de una opinión pública adversa lo condujo a ensayar vías complementarias que acreditaran la ejemplaridad de su desempeño político y militar.

La coyuntura abierta con su partida de Lima lo hizo permanecer casi a escondidas en Santiago de Chile, cruzar la cordillera y llegar a Mendoza, sin que ningún festejo u homenaje acompañara su larga estancia en la ciudad. Un *Te Deum* dispuesto por el gobierno provincial al momento de conocer su arribo, la visita de antiguos amigos y algunos pocos anuncios periodísticos serían testimonio de la discreta recepción oficial dispensada para quien había sido gobernador de Cuyo y general del ejército de los Andes entre 1814 y 1820. En su refugio aldeano, San Martín supo de la renuncia de O'Higgins, siguió con atención el desarrollo de la situación del Perú y rechazó los desahuciados pedidos de retomar la ruta del Pacífico ante la reconquista de Lima por parte de los españoles. En febrero de 1823, la pretensión de detener la furiosa política de propaganda dirigida por los republicanos limeños hizo quebrar su decisión de no responder las acusaciones de sus enemigos. En el oficio que dirigió a la Junta Gubernativa del Perú —que fue publicado en el único exponente de la prensa mendocina—, dijo que respondía las acusaciones de *La Abeja Republicana* en defensa de su «honor», al concebirlo como «única herencia» para su descendencia, y agregó a continuación: «la única que

³⁴ «Proclama de San Martín a los peruanos», 20 de septiembre de 1822. Cit. en *El Argos de Buenos Aires* (16 de noviembre de 1822).

³⁵ La expresión es recogida por Galván Moreno de *San Martín. Su correspondencia (1823-1850)*. Córdoba: Assandri, 1950, p. 321. Los reproches de Guido adquieren un mayor desarrollo en la carta cursada en Buenos Aires el 30 de agosto de 1826. Cit. en Pasquali, Patricia. *San Martín confidencial. Correspondencia personal del Libertador con su amigo Tomás Guido (1816-1849)*. Buenos Aires: Planeta, 2000, p. 207.

les transmite el que ha sido el árbitro absoluto del destino y fortuna de grandes Estados». ³⁶ En esa sombría coyuntura, mantuvo contactos con Tomás Guido, y a él confesó lo que antes había manifestado al mismo Bolívar: que solamente el caraqueño podía erigirse en el árbitro para frenar la anarquía en el Perú y afianzar su independencia. ³⁷

El clima hostil en Cuyo no era distinto del de Buenos Aires, donde las opiniones adversas sobre sus proyectos monárquicos (que animaron la correspondencia de quienes habían sido sus oficiales, como Juan Lavalle) y el recuerdo de la dramática desobediencia al gobierno central, por la que la ciudad que había acunado la revolución había quedado envuelta en el desorden y la anarquía, mantenían plena vigencia. Aunque fue recibido por las autoridades porteñas, y depositó en manos del ministro Bernardino Rivadavia reliquias del antiguo régimen colonial peruano, ³⁸ la prensa saludó tímidamente su visita. *El Argos* —el órgano de difusión del gobierno— no ignoró su arribo y destacó en sus páginas: «No hay quien pueda mostrarse a la presencia de un héroe que ha coronado a la nación de tantos triunfos y laureles». Por su parte, *El Correo de las Provincias* se hizo eco del suceso auspiciando un futuro de gloria póstumo:

San Martín quiere morir, si es que verdaderamente muere el hombre justo y bienhechor, como murió Washington amado y llorado de su pueblo [...] Su nombre permanecerá grabado en los pechos de todos los americanos, y sobre su sepulcro esparcirán continuamente flores la gratitud y el patriotismo [...] Él venció por todas partes a los enemigos de América, dio la libertad a todos los pueblos que se pusieron bajo su protección, y jamás desenvainó la espada en la guerra civil. ³⁹

³⁶ Oficio del general San Martín a la Junta Gubernativa del Perú, 28 de febrero de 1823. Fue publicado en *El Verdadero Amigo del País* (Mendoza), 23 (1 de abril de 1823).

³⁷ De San Martín a Tomás Guido, Mendoza, 17 de septiembre de 1823. Cit. en Pasquali, *San Martín confidencial*, p. 200.

³⁸ Los obsequios consistieron en un tintero de la Inquisición de Lima y un retrato del conquistador del Perú, Francisco Pizarro.

³⁹ Las referencias del *Argos* y de *El Correo de las Provincias* han sido extraídas de Palcos, Alberto. *Hechos y glorias del General San Martín. Espíritu y trayectoria del Gran Capitán*. Buenos Aires: Librería del Ateneo, 1950, p. 225.

Pero ese reconocimiento público no daría lugar a ninguna manifestación cívica ni oficial. Esa apatía o indiferencia, que contrastaba poderosamente con los festejos que habían tenido lugar en 1817 y 1818, aceleró su convicción de regresar a Europa, más precisamente a Londres, en compañía de su hija Mercedes. Antes de partir, visitó la tumba de su esposa e hizo colocar en la placa recordatoria la siguiente inscripción: «Aquí yace Remedios Escalada, esposa y amiga del general José de San Martín».

EL MONTAJE HEROICO DURANTE EL «OSTRACISMO VOLUNTARIO»

El regreso del general San Martín al Viejo Continente no constituía un hecho aislado, sino que se inscribía en una discreta red de sudamericanos que desempeñaban funciones oficiales ante los gobiernos europeos. Entre los allí residentes figuraban el enviado del gobierno chileno, el guatemalteco Antonio José de Irisarri; el médico inglés Diego Paroissien (cuya vocación americana enhebraba el ensayo carlotista y la expedición militar peruana); y el neogranadino Juan García del Río, quien había integrado el gabinete de San Martín en Lima. Los tres habían llegado a Europa con la doble misión de obtener el reconocimiento de las independencias de Chile y del Perú por parte de las cortes europeas y gestionar un monarca que encumbrara el edificio político chileno y peruano.⁴⁰ En medio de las dilatadas e infructuosas negociaciones por canalizar ambas empresas, en 1823 García del Río echó mano a su reconocida pluma y publicó en Londres, bajo el seudónimo «Ricardo Gual y Jaén», una *Biografía del general San Martín* con el fin de brindar «una noticia de su estado presente, y documentos probatorios de su accionar público en la independencia americana».⁴¹ Si bien el objetivo del emprendimiento

⁴⁰ Para las instrucciones dadas a Irisarri, véase *Archivo de don Bernardo O'Higgins*. Santiago de Chile: Academia Chilena de la Historia, Universidad Católica, 1965, t. IV, p. 320. Las instrucciones correspondientes a la misión de García del Río y Paroissien fueron aprobadas por el Consejo de Estado del Protectorado el 24 de diciembre de 1821. Ver al respecto De la Puente Candamo, José Agustín. *San Martín y el Perú. Planteamiento doctrinario*. Lima: Editorial Lumen, 1948, capítulo 5.

⁴¹ Gual y Jaén, Ricardo. *Biografía del general San Martín acompañada de una noticia de su estado presente y otros documentos importantes*. París: Imprenta de Ducessois, 1844.

editorial perseguía crear opinión favorable para que Gran Bretaña reconociera la independencia de Chile y el Perú, el relato o la narrativa sobre San Martín cruzó por primera vez el umbral autojustificatorio para convertirse en base interpretativa sobre su desempeño público.

El epígrafe seleccionado por su biógrafo —«La gloria es más sólida después de la calumnia», del dramaturgo francés Corveille— no podía ser más explícito del propósito perseguido para enfatizar la pertenencia americana y la vocación independentista del cuestionado general sudamericano. Bajo esa consigna, y en franca sintonía con la celebridad adquirida por Bolívar, García del Río organizó su relato en torno de cuatro núcleos que conviene destacar: el origen americano de San Martín («nació en Yapeyú»); el virtuosismo militar y cívico que le había permitido sobrellevar las desventuras de la derrota de Cancha Rayada y restablecer «la confianza publica» para sellar en Maipú «la independencia de Chile y Buenos Aires con la sangre de sus heroicos hijos», como condición básica del avance sobre Lima; que la desobediencia de San Martín al gobierno de Buenos Aires había sido «involuntaria» porque la guerra contra los «anarquistas» y el chileno José Miguel Carrera le habían impedido salir de Mendoza con su ejército; y finalmente, que las gestiones llevadas a cabo con los generales realistas que preveían la aceptación de integrar la monarquía española habían sido solo una estrategia dilatoria destinada a mejorar las condiciones independentistas. Al final del relato, y sin hacer referencia al frustrado proyecto del Protectorado, el biógrafo confiaba que solamente en el futuro la calumnia cedería terreno a favor del justo juicio sobre «el salvador de las provincias del Río de la Plata, el libertador de Chile y el defensor de América».⁴²

Aunque resulte difícil restituir el impacto de la narrativa laudatoria, San Martín no ignoró su recepción en Lima y también supo que Bolívar —provisto ya por el Congreso peruano con la suma del poder público— había vertido opiniones controvertidas sobre el escolzo dedicado a echar

⁴² *Ib.*, pp. 6-54.

luz sobre «su vida pública». ⁴³ No obstante, lo cierto es que cuando San Martín cruzó el Canal de la Mancha después de desembarcar en El Havre en abril de 1824, las iniciativas destinadas a preservar su honor incluyeron el homenaje brindado en Southampton a instancias de sus amigos ingleses. Mr. Robertson, el comerciante inglés que había sido observador privilegiado de las destrezas militares del entonces coronel de granaderos en San Lorenzo, ⁴⁴ fue quien cedió su casa para la fiesta que reunió a un selecto grupo de amigos y camaradas sudamericanos y europeos cosechados en los años de revolución y guerra. En aquella ocasión, fue el viejo aliado en las lides de la guerra peninsular contra Napoleón, Mr. Macduff (convertido para entonces en Lord Fife), quien presentó a San Martín como «el conquistador de la libertad de América y modelo digno de Washington». ⁴⁵

Aquel discreto reconocimiento en suelo europeo sería acompañado de otras manifestaciones. Bruselas, el primer estadio del «ostracismo voluntario» luego del infructuoso intento de residir en París por la persistente inquina del general francés Michel Brayer (que había participado en la campaña a Chile), se convertiría en escenario propicio para recibir los respetos de un grupo de chilenos que ávidos por evocar episodios del pasado revolucionario, compartieron tertulias y algunas cabalgatas, que incluyeron la visita a los llanos de Waterloo. A propósito de ello, quien había sido alférez en el memorable triunfo de Maipú, José de la Barra, dejó constancia del emotivo paseo en los siguientes términos: «Era hermoso oír a San Martín explicando sobre el terreno de Napoleón». ⁴⁶

Ese contexto daría origen a nuevos y diferentes homenajes que adoptaron diferentes formatos: fue justamente la logia masónica *La Parfaite*

⁴³ Carta de Salvador Iglesias a San Martín, Lima, 30 de septiembre de 1823. Cit. en Galván Moreno, C. *San Martín, el Libertador*. Tercera edición. Buenos Aires: Editorial Claridad, 1950, p. 332.

⁴⁴ Robertson, John Parish y William Parish Robertson. *Cartas de Sudamérica*. Buenos Aires: Emecé, 2000.

⁴⁵ Palcos, *Hechos y glorias*, pp. 226-228.

⁴⁶ Testimonio de José de la Barra. Cit. en Braun Menéndez, Armando. «San Martín y Chile». *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza* (Segunda Época). I/9 (1979), p. 544.

Amitié la que reconociendo a San Martín como artífice de la libertad americana, hizo acuñar medallas que reproducían su perfil, las cuales existieron en ejemplares de plata, bronce y cobre. El perfil austero de las medallas, en la práctica, reproducía la descripción de Basil Hall, y sería complementario del retrato que compuso el artista belga François Joseph Navez, que lo muestra más robusto y con capote negro. Esa dimensión semipública, basada en la sociabilidad secreta de las logias y del estrecho mundo de amigos que le debían reverencial respeto, sería acompañada de representaciones producidas en el ambiente íntimo de sus afectos: de 1827 data uno de los retratos más difundidos del general, que lo muestra envuelto en la bandera celeste y blanca que distinguía a los ejércitos de la insurrecta Buenos Aires desde 1812, cuya autoría ha sido atribuida a quien cultivaba a su hija Mercedes en las artes plásticas durante su estancia en Bruselas.

Entretanto, el juicio negativo que pesaba sobre su desobediencia al gobierno de las Provincias Unidas para enfrentar a los «anarquistas» y pueblos del Litoral, sus preferencias monárquicas para el Perú y la sospecha soterrada de que su capital político y militar podía contribuir a erigirlo en candidato a dirigir los destinos en el Río de la Plata en la coyuntura abierta por la guerra con el Brasil,⁴⁷ lo condujo a organizar los papeles personales que habían acompañado su regreso al Viejo Mundo. Con ese ejercicio clasificatorio de memoria individual y colectiva, pretendía documentar su «conducta pública y las razones que me asistieron para mi retirada del Perú». Tal como confesó a Tomás Guido en 1826, y después de traer a colación una cita de Lebrun relativa a la muerte, la memoria y la gloria, San Martín intervino decididamente en su dilatada correspondencia en vistas de preservar su reputación patriótica. En sus palabras: «He trabajado dos años consecutivos en hacer extractos y arreglar documentos que acrediten no mi justificación pero sí los hechos

⁴⁷ Es el proyecto que imaginó Guido y la posibilidad que ensayó Lavalle en la dramática coyuntura de 1829. Véase Pasquali, *San Martín. La fuerza de la misión*, pp. 406 y 418.

y motivos sobre que se ha fundado mi conducta en el tiempo que he tenido la desgracia de ser hombre público».⁴⁸

Ese interés —u obsesión justificatoria— sobre el desempeño público no quedó circunscrito a la clasificación de la documentación privada, sino que sostuvo un fluido intercambio epistolar que tuvo como destinatarios primordiales a quienes dirigían las naciones sudamericanas y algunos cronistas o buceadores del pasado revolucionario. En 1828 visitó a Miller en Londres, respondió con cuidado el cuestionario que aquel le alcanzó y posó ante el litógrafo Jean B. Madou para que su imagen ilustrara las *Memorias* que el general inglés publicó en 1829. Años después, respondió al marino francés Gabriel Lafond: de esa intervención emanaron argumentos largamente esperados sobre la entrevista que mantuvo en Guayaquil con el otro libertador, Simón Bolívar, cuya figura había sido objeto de valiosas impresiones entre publicistas hispanoamericanos y europeos sobre su vocación independentista y republicana en el marco de la repatriación de sus restos a Caracas en 1842.⁴⁹ En apariencia, el impacto de la entronización cívica bolivariana, que dialogaba en algún punto con la consagración de Napoleón I en la Francia de Luis Felipe en 1840, abonaría la versión sanmartiniana de la entrevista en Guayaquil. Por medio del intercambio epistolar que mantuvo con el marino francés, que Lafond publicó en 1843,⁵⁰ se daría a conocer la controvertida carta de San Martín a Bolívar, datada en 1822, en la que no solo refería a las condiciones infranqueables que impedían la reunión de fuerzas militares bajo un único liderazgo para asegurar la independencia; de ella también

⁴⁸ De San Martín a Tomas Guido, Bruselas, 18 de diciembre 1826. Cit. en Pasquali, *San Martín confidencial*, p. 209.

⁴⁹ Guerrero, Carolina. «Los funerales de Simón Bolívar: fundación de un mito en la construcción del patriotismo republicano, 1830, 1842 y 1876». En McEvoy (ed.), *Funerales republicanos*, pp. 3-30.

⁵⁰ Lafond de Lurcy, Gabriel. *Voyages autour du monde et naufrages célèbres*. París, 1843. El texto reproduce un grabado que representa la entrevista de Guayaquil, del que San Martín estaba al tanto. El 23 de julio de 1843, Lafond le decía a este último: «La lámina que representa su entrevista con Bolívar, no ha sido aún terminada. Se la enviaré más tarde». Véanse Otero, *Historia del Libertador*, t. III, p. 723; y Rojas, Ricardo. *La entrevista de Guayaquil*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1947, pp. 861-871.

emanaba la decisión de abandonar el teatro político americano por estar convencido de que si bien la independencia estaba a un paso de ser conseguida, la prolongación de la guerra azuzaría las luchas intestinas. Gracias a esa intervención real (o imaginaria) —la cual, vale consignar, animó una famosa polémica entre historiadores venezolanos y argentinos—, la figura de San Martín obtendría un giro interpretativo sustancial al conseguir no solo resignificar las razones que explicaban el «enigma peruano», sino que también dejaba en suspenso cualquier referencia a sus frustradas negociaciones monárquicas para el Perú frente a las versiones que los primeros biógrafos o comentaristas de Bolívar habían ofrecido sobre el encuentro en Guayaquil, que recogían ecos de las cartas despachadas por el secretario del libertador del norte a Santander y Sucre en 1822.⁵¹

De modo semejante, esa suerte de manto de olvido sobre las preferencias del sistema político que había imaginado para la América libre y la confianza depositada en fórmulas gubernativas que ofrecieran garantías para afianzar el orden en las naciones americanas, arbitraría el intercambio epistolar con Juan Manuel de Rosas, gobernador de Buenos Aires y jefe de la Confederación argentina, cuando en medio de la invasión francesa al Río de la Plata (1840) reactualizó sus convicciones independentistas para América, aunque dicha manifestación no suponía algún rechazo ni a la nación ni tampoco al sistema político que lo había cobijado y distinguido durante su apreciada estancia europea. Más aún, en 1838 había asistido a la tertulia diplomática que había tenido como anfitrión al mismísimo rey Luis Felipe y la familia real en el palacio de las Tullerías, a la cual prefirió asistir vistiendo el uniforme militar peruano y portando la espada que había usado en Maipú. Según el testimonio aportado por uno de los ilustres invitados al evento, el rey de Francia dijo al saludarlo: «tengo un vivísimo placer en estrechar la diestra de un héroe como vos; general San Martín creedme que el Rey Luis Felipe conserva por vos la

⁵¹ Archivo General de la Nación de la República Bolivariana de Venezuela, Archivo del Libertador, Período del 3 julio al 31 de diciembre de 1822, Correspondencia Oficial: Comunicación de José Gabriel Pérez al general Sucre, Guayaquil, 29 de julio de 1822 (Documento 6873); y Comunicación de José Gabriel Pérez al general Santander, Guayaquil, 29 de julio de 1822 (Documento 6874).

misma amistad y admiración que el duque de Orleans. Me congratulo que seáis huésped de la Francia y que en este país libre encontréis el reposo después de tantos laureles». ⁵²

Los románticos argentinos enfatizarían el velo sobre las preferencias monárquicas de San Martín en beneficio de su entronización militar y republicana. Luego de visitarlo en 1843 en su residencia campestre de Grand Bourg, Alberdi le dedicó un escrito que reprodujo la carta publicada por Lafond sobre su versión de Guayaquil, puso en duda el encuentro con el rey francés de 1838, expuso las razones por las que el general se había negado visitar la corte de Madrid en compañía de su mecenas y amigo Alejandro Aguado, y omitió cualquier referencia a su valoración sobre el sistema de Rosas frente a la invasión o agresión extranjera. ⁵³ Pero sería Sarmiento quien estilizaría el argumento por el cual el legado sanmartiniano quedaría despojado de las valoraciones que enturbiaban su pasado y presente político. En 1841, durante su exilio en Chile, el sanjuanino había hecho del tránsito entre Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú el eje central de su narrativa patriótica, destacando «la frenética energía [del] carácter» de San Martín y el valor del mismo como «soldado» en el resurgir de la patria. ⁵⁴ Y aunque la información que organizaba el relato abrevaba primordialmente en las versiones orales transmitidas por los guerreros sobrevivientes de la empresa libertaria en el seno de la Comisión Argentina, que tenía como principal animador al «héroe de Cancha Rayada», el general Juan Gregorio de Las Heras, ⁵⁵

⁵² Testimonio de José de la Barra. Cit. en Braun, «San Martín y Chile», p. 546.

⁵³ En el mismo año de la edición francesa de la obra de Lafond, la carta se publicó, traducida al italiano, en la obra titulada *Raccolta di viaggi dalla Scoperta del nuovo continente, fino a di nostri, compilata da F.C. Marmocchi*. La primera edición en castellano de la carta fue hecha por Juan Bautista Alberdi, quien la incluyó, en 1844, en un artículo aparecido en Valparaíso.

⁵⁴ En 1841, Domingo Faustino Sarmiento publicó en *El Mercurio de Valparaíso* dos notas: «La victoria de Chacabuco», el 12 de febrero, y «Cancha Rayada a Victoria de Maipú», el 4 de abril. Ambas fueron firmadas con el seudónimo «Un teniente de artillería».

⁵⁵ Juan Gregorio de Las Heras fue considerado el héroe de Cancha Rayada por haber logrado reunir el parque de artillería durante esa trágica jornada del ejército patriota en marzo de 1818, lo que permitió mejorar las condiciones de este último, lo que permitió el posterior triunfo de Maipú. Sin embargo, en 1820 Las Heras tuvo problemas con San

la entrevista que mantuvo con ese «monumento viviente en Grand Bourg», en 1846, le permitiría saldar conjeturas sobre el «enigma peruano» y el «Santa Elena voluntario». El encuentro en Guayaquil de los generales que mayor influencia habían ejercido en la independencia del Nuevo Mundo sería el motivo primordial de su discurso de recepción en el prestigioso Instituto Histórico de Francia.⁵⁶ En su visita a aquel pasado, Sarmiento no solo trazaría un contrapunto entre los diferentes estilos militares de ambos libertadores, sino que bosquejaría, por medio de ellos, los contrastes que distinguían la revolución del norte de la del sur, y avanzaría decididamente a cuestionar el modelo constitucional bolivariano en beneficio de la matriz republicana —y no de «conquista»— de la revolución rioplatense.

Esa línea argumentativa, con la que los románticos argentinos inter- vendrían concretamente en la resignificación del legado sanmartiniano, guardaría sintonía con la caracterización que el anciano general ofrecería en el último tramo de su carrera pública. Advertido del clima conmemorativo y de iniciativas reivindicativas activadas en Montevideo, Chile, el Perú y Buenos Aires (y París, donde en 1844 se había reeditado el escorzo biográfico escrito por García del Río), San Martín trazaría, en 1848, las principales notas justificatorias de su desempeño en una carta que dirigió al presidente del Perú, Ramón Castilla, que constituye,

Martín meses antes de la partida de la expedición al Perú, y fue uno de los oficiales que abandonó el escenario peruano debido a las reformas militares aplicadas y el proyecto monárquico promovido por los directoriales. Luego fue gobernador de Buenos Aires durante la experiencia rivadaviana, y después del fracaso de esta, regresó a Chile, donde contrajo matrimonio con una vástaga del clan de los Larraín. Las Heras fue uno de los patrocinadores de los emigrados argentinos opositores a Rosas y alentó la formación de la Comisión Argentina en Santiago y Valparaíso entre 1840 y 1852. Véase Martínez Baeza, Sergio. *Vida del general Juan Gregorio de Las Heras, 1780-1866*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia, 2009.

⁵⁶ Sarmiento, Domingo Faustino. *San Martín y Bolívar. Discurso de recepción en el Instituto Histórico de Francia* (París, 19 de enero de 1847). Valparaíso: Imprenta Europea, 1848. Sobre las valoraciones de Bolívar en Argentina, véase Halperin Donghi, Tulio. «Imagen argentina de Bolívar. De Funes a Mitre». En Halperin Donghi, Tulio. *El Espejo de la Historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Sudamericana, 1987, pp. 113-139.

quizá, la pieza documental vertebradora sobre la cual la historiografía sanmartiniana hace descansar el núcleo duro de su testamento político.⁵⁷ Allí consignó que la política seguida en su periplo libertador americano había dependido más de «la suerte y las circunstancias» que del «cálculo», y se había basado en «dos puntos»: eludir mezclarse en la lucha de partidos en Buenos Aires y «mirar» a los estados americanos como «estados hermanos» —o independientes— sin apelar a la fuerza militar como herramienta de «conquista». Ese doble argumento, que erigía su vocación independentista por sobre algún interés de arbitrar la política de los nuevos estados, y que recogía la experiencia política posterior de las naciones que había contribuido a formar, le permitía recapitular las condiciones que lo llevaron a abandonar el teatro peruano sin haber concluido la empresa libertaria, a sabiendas de que afectaba «su honor y reputación». Como no podría ser de otro modo, allí aludió a la entrevista que mantuvo con su respetado rival en Guayaquil, y consignó:

Yo hubiera tenido la más completa satisfacción habiéndole puesto fin con la terminación de la guerra de la independencia en el Perú, pero mi entrevista en Guayaquil con el general Bolívar me convenció (no obstante sus protestas) que el solo obstáculo de su venida al Perú con el ejército de su mando no era otro que la presencia del general San Martín, a pesar de la sinceridad con que le ofrecí ponerme bajo sus órdenes con todas las fuerzas que yo disponía. Si algún servicio tiene que agradecerme la América, es el de mi retirada de Lima, paso que no solo comprometía mi honor y reputación, sino que me era tanto más sensible cuanto que conocía que con las fuerzas reunidas de Colombia, la guerra de la independencia hubiera terminado en todo el año 23. Pero este honroso sacrificio, y el no pequeño de tener que guardar un silencio absoluto (tan necesario en aquellas circunstancias) de los motivos que me obligaron a dar ese paso, son esfuerzos que Ud. podrá calcular y que no está al alcance de todos poderlos apreciar.⁵⁸

⁵⁷ De San Martín al mariscal Ramón Castilla, Boulogne-sur-mer, 11 de septiembre de 1848. En *Senado de la Nación. Biblioteca de Mayo. Colección de obras y documentos para la historia argentina. Autobiografías*. Buenos Aires: Imprenta del Congreso de la Nación, 1960, pp. 1921-1925.

⁵⁸ *Ib.*, p. 1922.

En tanto, la incomprensión o, en otras palabras, el no reconocimiento de sus contemporáneos de la decisión de 1822 guardaba sintonía con las motivaciones que habían justificado el «ostracismo voluntario de su patria». Con esa expresión de cuño propio, San Martín modelaría las razones que lo excluyeron o marginaron del ensayo republicano del Río de la Plata haciendo alusión a que su trayecto revolucionario no lo hacía «imparcial» entre los partidos rivales, y que su influjo militar despertaba desconfianzas ante una eventual sustitución del «orden legal y libre».⁵⁹

Con todo, el tono o registro de la escritura política de San Martín acerca de la clausura de su «carrera pública» en suelo americano guardó estrecha conexión con la arbitraria selección realizada sobre su propia correspondencia, que se completó cuando delegó a su descendencia depositarla en un historiador para que hiciera de ella el esqueleto erudito de la historia de la emancipación de medio continente. Aunque la voluntad de San Martín quedó en suspenso hasta que finalmente su yerno, Mariano Balcarce, cedió el valioso archivo a Bartolomé Mitre, la certeza de que sus papeles personales brindarían evidencias firmes para escribir una historia de la independencia americana había hecho que el anciano general le confesara a Sarmiento en 1846: «tengo escrito, mis papeles están en orden».⁶⁰

Sería la hija del libertador, Mercedes San Martín de Balcarce, quien tendría un papel decisivo en los últimos años de vida del general sudamericano, y al momento de su muerte. En 1848 lo hizo retratar nuevamente, aunque ahora con las nuevas tecnologías para capturar imágenes (el daguerrotipo), por lo cual se conservó la imagen del San Martín anciano. En 1850, al momento de su deceso, la decisión de preservar sus restos se tradujo en la contratación de servicios funerarios solo destinados a cadáveres de personajes célebres.⁶¹ Aunque el complicado tratamiento constituyera una práctica usual en la Europa de mediados del siglo XIX, y el deseo del difunto —según su testamento de 1844— fuera que su

⁵⁹ Ib., loc. cit.

⁶⁰ Sarmiento, «Bolívar y San Martín», p. 331.

⁶¹ Podgorny, Irina. «Las momias de la patria: entre el culto laico, la historia de la química y la higiene pública». *L'Ordinaire Latino-américain*. 212 (2010), pp. 53-74.

corazón descansara en el cementerio de Buenos Aires, resulta probable que Mercedes hubiera imaginado un funeral público semejante al que tuvo Napoleón I cuando sus restos fueron trasladados a París en 1840. Quizá esto se debió a que ni su padre ni ella pudieron haber eludido la atracción de presenciar semejante ceremonial cívico en las calles de París, o a que Mercedes se hubiera deleitado de las crónicas de Víctor Hugo según las cuales el avance de la carroza que trasladaba los restos del emperador muerto en la isla de Santa Elena abría en París el cielo gris y lluvioso para que brillara el Sol.

Félix Frías, quien asistió al funeral, no dejó de señalar el dilatado ritual que terminó con el depósito de los restos de San Martín en la capilla de la iglesia. También anotó la emoción que, aun muerto, despertaba la imagen del general:

En la mañana del 18 tuve la dolorosa satisfacción de contemplar los restos inanimados de este hombre, cuya vida está escrita en páginas tan brillantes de la historia americana. Su rostro conservaba los rasgos pronunciados de su carácter severo y respetable. Un crucifijo estaba colocado sobre su pecho y otro entre dos velas que ardían al lado de su lecho de muerte. Dos hermanas de caridad rezaban por el descanso del alma que abrigó aquel cadáver.⁶²

En tanto, las noticias necrológicas realizadas por sus allegados abonaron el zócalo heroico. Aquellas colocaron a San Martín a la altura de Bolívar y subrayaron sus dotes de gran hombre. Un fragmento del obituario que le dedicó André Gérard, el vecino con quien compartía tertulias y propietario de la casa que el general alquilaba después de haber abandonado el París revolucionario en 1848, así lo expresa:

Menos conocido en Europa que Bolívar, porque buscó menos que él los elogios de sus contemporáneos, San Martín es a los ojos de los americanos su igual como hombre de guerra, su superior como genio político, y sobre todo como ciudadano. En la historia de la independencia americana, que no está escrita aún, al menos en Francia, él representa el talento de la organización,

⁶² Frías, Félix. «Muerte del general San Martín» (París, 29 de agosto de 1850). En Busaniche, José Luis. *San Martín visto por sus contemporáneos*. Buenos Aires: Ediciones Argentinas-Solar, 1942, pp. 335-336.

la rectitud de miras, el desinterés, la inteligencia completa de las condiciones bajo las cuales las nuevas repúblicas pueden y deben vivir.⁶³

Las resonancias de su muerte en Chile y el Perú dieron lugar a días de luto y homenajes diversos. El presidente Ramón Castilla, con quien se había carteadado y había terminado por saldar las deudas del Estado peruano con su libertador, dispuso realizar exequias en la iglesia matriz de Lima, decretó luto oficial y ordenó erigir una columna y estatua en la plaza mayor. Iniciativas semejantes fueron organizadas en Chile a instancias del ministro Rosales, quien había tenido el privilegio de compartir varias conversaciones con San Martín durante su estadía en Francia y había sido uno de los pocos que asistieron al funeral del general. En cambio, en Buenos Aires, las réplicas de su muerte fueron modestas: el ministro de Rosas, Felipe Arana, transmitió el pésame oficial a su yerno, Mariano Balcarce, y un mes más tarde, *La Gaceta Mercantil* (9 de diciembre) publicó una breve nota necrológica. Por su parte, al año siguiente, la evocación propuesta por quien se declaró rival de Rosas, el gobernador entrerriano Justo José de Urquiza, prometía ser más relevante al decretar rendir un homenaje en honor de San Martín y erigirle una estatua en Paraná, la capital de la provincia de Entre Ríos.

SAN MARTÍN EN LA AGENDA OFICIAL

Los románticos argentinos en el exilio habían depositado en el momento revolucionario y en sus más decididos promotores el interés por enlazar aquel pasado heroico con un tiempo presente urgido por suturar las heridas abiertas con las guerras que siguieron a la crisis de la independencia.⁶⁴ Ninguno de ellos podía dejar de sentirse atraído por los principales actores

⁶³ Gérard, André. «Artículo necrológico». *El Imparcial* (Boulogne-sur-mer, 22 de agosto de 1850). En Aráoz Alfaro, Gregorio. *Le général Don José de San Martín. Nécrologie. Extrait du Journal "L'Impartial" du Boulogne-sur-mer du 22 aout 1850*. Buenos Aires: Institución Mitre, 1950.

⁶⁴ Botana, Natalio. *La libertad política y su historia*. Buenos Aires: Sudamericana, 1991, pp. 21-34; Myers, Jorge. «La revolución de las ideas: La generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas». En Goldman, Noemí (coord.). *Revolución,*

de la revolución, y menos aún podían ignorar la manera en que sus semblanzas patrióticas podían contribuir a la gestación y sedimentación de sensibilidades cívicas y republicanas. La sociabilidad del exilio en Montevideo y en Chile; los contextos institucionales, políticos y culturales que habían favorecido la elaboración de crónicas y memorias de la revolución de independencia; los desiguales procesos políticos exhibidos por las naciones sudamericanas y las conflictivas relaciones de estas ante la avanzada de los viejos poderes imperiales en el Río de la Plata, México y el Perú; y el lugar expectable que los románticos obtuvieron en la vida pública de las provincias argentinas una vez disparado el proceso constitucional que siguió a la caída de Rosas (1852), contribuyeron decididamente a erigir el panteón nacional y a colocar a San Martín en su cúspide. Aunque las evocaciones sanmartinianas latieron en diferentes geografías provinciales a instancias de sus dirigencias y del puñado de sobrevivientes de las guerras de independencia, el primer eslabón monumental destinado a colocar a San Martín como padre fundador de la nacionalidad tuvo lugar en la ciudad de Buenos Aires en 1862. Para ese entonces, el campeón del republicanismo liberal, Bartolomé Mitre, percibió que solamente el héroe muerto en la lejana villa marítima de Boulogne-sur-mer podía ser capaz de arbitrar las diferencias que ninguno de sus contemporáneos podía lograr.

En 1860, los homenajes que habían acompañado la repatriación de los restos de Bernardino Rivadavia y de Juan Lavalle (a instancias de una comisión encabezada por Las Heras en Chile desde 1858) si bien habían sido eficaces en Buenos Aires para recuperar la tradición republicana y liberal asfixiada por la dictadura de Rosas, revelaron que ninguna de esas figuras podía erigirse como símbolo de la unidad nacional.⁶⁵ Por ello, en 1862 Mitre ordenó erigir una estatua ecuestre dedicada al general en la plaza de Retiro, el antiguo sitio del emblemático cuartel de Granaderos. La ceremonia la encabezó aquel mismo, y en ella destacó las cualidades

República, Confederación (1806-1852). Nueva Historia Argentina. Buenos Aires: Sudamericana, 1998.

⁶⁵ Gallo, Klaus y Manuel Socías. «La repatriación del “padre de Buenos Aires”. Bernardino Rivadavia y la refundación de la República liberal en Argentina». En McEvoy (ed.), *Funerales republicanos*, pp. 81-99.

del homenajeado apelando al repertorio de vocablos emanado de esa verdadera usina ideológica erigida con la revolución: lo definió como artífice de la independencia americana, «fundador empírico de las repúblicas democráticas por el sólo hecho de no contradecir las tendencias geniales de los pueblos que emancipó», héroe del pasado y modelo del futuro, síntesis de virtudes cívicas y morales cuyo recuerdo debía iluminar la política del presente en beneficio de la unidad nacional. Al extenso discurso de Mitre, que pronunció en su calidad de gobernador de Buenos Aires y encargado del Poder Ejecutivo Nacional, le siguieron los homenajes de antiguos camaradas (como Enrique Martínez y Tomás Guido), de las autoridades civiles y militares de la ciudad (entre las que se encontraban Cosme Bécar y Lucio Mansilla), y del ministro plenipotenciario del Perú, don Buenaventura Seoane. Al año siguiente, Juan María Gutiérrez abonaría el suelo conmemorativo al dedicarle a San Martín un sitial en la *Galería de celebridades argentinas*, en la cual destacó la importancia de rescatar la misión de aquel en la conquista de la libertad y la constitución de gobiernos representativos, hechos que solo la historia podía apreciar y juzgar. Esa vida pública, que no podía «encerrarse en los términos reducidos de una biografía» y que había sabido tolerar calumnias, ameritaba ser reconocida en el país, por lo que instaba a gestionar la repatriación de los restos del general. Al concluir su escorzo biográfico, Gutiérrez señalaba:

La tierra extranjera no debe pesar más tiempo sobre las cenizas del ilustre argentino. Buenos Aires, tiene derecho al corazón del grande hombre que le fue legado por él mismo. Es una reliquia de gloria de la cual emanarán las virtudes de la humanidad, de heroísmo, de amor puro por la patria, que deben formar la atmósfera moral de un pueblo republicano, que aspira a ser grande por el ejercicio de la libertad.⁶⁶

El clima conmemorativo y las liturgias públicas que distinguieron aquel momento monumental quedaron finalmente registrados en la publicación de un volumen unitario dedicado al homenajeado. Este texto

⁶⁶ Gutiérrez, Juan María. *Bosquejo biográfico del general San Martín*. Buenos Aires: Instituto Nacional Sanmartiniano, 1973, p. 69.

compiló una nutrida tabla de materias, las cuales atestiguaban, entre otras cosas, los protocolos públicos dispuestos para erigir el monumento, los discursos pronunciados en la ceremonia, la biografía escrita por Gutiérrez antes mencionada, la reproducción de la estatua y del estandarte de Pizarro, y un conjunto de documentos destinados a certificar el ejemplar desempeño político y militar de San Martín.⁶⁷

En rigor, el homenaje porteño era casi simultáneo al realizado en Santiago de Chile a instancias del publicista Benjamín Vicuña Mackenna, quien había alentado erigir el monumento ecuestre (encargado al escultor francés Daumas) en sintonía con los dedicados a Bernardo O'Higgins, José Miguel Carrera y Diego Portales: los artífices de la nación chilena. A juicio de Vicuña Mackenna, la idea de honrar la memoria de San Martín en el país trasandino se retrotraía a 1856, cuando se había formado una comisión de homenaje sudamericana, y el hecho de que el general no hubiera nacido en Chile no impedía que compartiera el sitio preservado a los forjadores de la república chilena. Luego de intensas gestiones para reunir fondos, y de contratar en París al artista que moldearía la estatua ecuestre, el monumento pudo ser inaugurado recién en 1863 en ocasión de conmemorar un nuevo aniversario de la batalla de Maipú. Este evento dio lugar a la reunión de los veteranos de las guerras de independencia, y allí Las Heras ofició de anfitrión: el discurso de quien fuera rival de San Martín en la elección de jefes de la expedición al Perú (1820), y de quien había solicitado el retiro del ejército de este último país por oponerse a la estrategia militar de su superior y a las misiones enviadas a Europa en búsqueda de un príncipe para coronar el edificio político peruano, exaltó el desempeño del general. Así, Las Heras expresó:

Hubo una época gloriosa en la historia de este continente en que todos los americanos éramos compatriotas, unidos por el doble vínculo de nuestro común infortunio y nuestros comunes esfuerzos por la independencia. A esa época pertenece el varón ilustre, el capitán general de los ejércitos de Chile, a cuya memoria este país agradecido levanta hoy este monumento.

⁶⁷ Véase *La Estatua del General San Martín y su inauguración el día 13 de julio de 1862 en Buenos Aires*. Buenos Aires, 1863.

No es al hombre nacido aquí o allá a quien Chile consagra esta estatua, es al americano ilustre, al guerrero, al caudillo de las huestes de la libertad e independencia americana, al genial americano don José de San Martín [...] ¡Gloria a la América y gloria al general San Martín! [...] Mi íntimo deseo de viejo soldado es que la América [...] viva siempre unida por un común pensamiento, un común destino, su común independencia, su perfecta autonomía, sus instituciones democráticas.⁶⁸

Al discurso de Las Heras le siguieron el pronunciado por el ministro Tocornal y las vibrantes palabras que le dedicó José Victorino Lastarria, quien lo hizo en nombre y por comisión de la Sociedad Unión Americana de Santiago de Chile, una asociación patriótica que reunía a republicanos decididos a denunciar la nueva ola de intervenciones imperiales en América, y cuyas ramificaciones se extendían en algunas provincias argentinas promoviendo actividades y fervor patriótico.⁶⁹ En aquella oportunidad, Vicuña Mackenna dio a conocer su libro *El general D. José de San Martín considerado según documentos enteramente inéditos*, donde publicaba la foja de sus servicios militares y brindaba información suministrada por los familiares que había obtenido en su viaje a Europa. Pero la intervención del chileno no resultaba para nada casual. En 1857 había publicado una obra emblemática sobre el dramático destino de los hermanos José Miguel, Juan José y Luis Carrera, que había despertado no pocas controversias detrás de la cordillera, a raíz de la supuesta responsabilidad de San Martín en el trágico desenlace que siguió al accionar político de los patriotas chilenos en el Río de la Plata.⁷⁰ Años después, Vicuña robustecería el repertorio de sus publicaciones sobre San Martín dando a conocer aspectos escasamente conocidos durante su estancia en Chile —y en Europa— por medio del intercambio epistolar que había mantenido con Bernardo O'Higgins. También en el Perú, la imagen de San Martín sería rescatada por iniciativa oficial: así, se promovió la erección de un monumento en su honor y la

⁶⁸ Discurso de Juan Gregorio de Las Heras, Santiago de Chile, 5 de abril de 1863. Cit. en Martínez Baeza, *Vida del general Juan Gregorio de Las Heras*, p. 354.

⁶⁹ La actividad de la asociación en Mendoza fue registrada por *El Constitucional* en su edición del 22 de septiembre de 1864. Agradezco a Eliana Fucili dicha referencia.

⁷⁰ Vicuña Mackenna, Benjamín. *El ostracismo de los Carreras*. Santiago de Chile, 1857.

gestión ante sus familiares del traslado de los restos del héroe para que fueran depositados en Lima, «cuya acta de Independencia está encabezada con su respetable nombre». ⁷¹

El clima evocativo adquirió perfil institucional en la Argentina. En 1864, el Congreso de la Nación aprobó una ley destinada a repatriar los restos del héroe de Chacabuco y Maipú, lo que se constituyó en el puntapié inicial de una dilatada aunque persistente voluntad política de colocar a San Martín a la cabeza del panteón heroico nacional. La iniciativa oficial no estaría destinada a ser exclusiva. La caída de Rosas había propiciado una verdadera explosión de publicaciones en varias ciudades del país, lo que favoreció la edición de relatos, memorias y opiniones que recuperaban el pasado revolucionario y a sus principales protagonistas. San Martín no podía estar ausente de aquellas evocaciones, sobre todo para quienes habían escuchado el relato de sus padres sobre el *cursus honorum* del austero y rígido militar que había terminado sus días olvidado por sus compatriotas en una lejana villa francesa, así como para aquellos que habían integrado sus huestes en las memorables jornadas de San Lorenzo, Chacabuco y Maipú, y que estaban en condiciones de atestiguar sus méritos y preservar su honor por medio de documentos celosamente preservados entre sus pertenencias personales. Esa urgencia por reparar o justificar el accionar de San Martín, ante todo en el Perú, fue la que condujo al fidelísimo general Gerónimo Espejo a invitar a sus camaradas a buscar papeles y darlos a conocer para atestiguar las dotes militares y preservar la memoria del libertador. *La Revista de Buenos Aires* y otros emprendimientos literarios destinados al público culto o letrado habrían de convertirse en vitrinas de noticias, refutaciones, crónicas y relatos sobre las campañas libertadoras y los valores morales del «genio» militar de San Martín. Las memorias de los guerreros de la independencia, del mismo modo que la difusión de comentarios de quienes habían sido colaboradores del general —como los escritos por Tomás Guido—, contribuyeron decididamente a devolver imágenes potentes sobre el

⁷¹ Decreto del Gobierno de Perú, 12 de abril de 1869. En *Boletín Oficial de leyes, decretos, resoluciones y oficios*. Lima, 1869, p. 542.

accionar del libertador y atemperar las opiniones adversas que todavía ponían en duda su cuestionado desempeño de 1820, las preferencias monárquicas que lo habían conducido a pactar con los oficiales del rey en Punchauca o su decisión de abandonar a sus camaradas en el atribulado escenario peruano de 1822 sin haber completado su independenciam.⁷² Esos ensayos, escritos la mayoría de las veces en clave autobiográfica y desde posiciones absolutamente marginales, no solo hacían posible recuperar los hechos y glorias del libertador,⁷³ sino que también servían para evocar un pasado político común que había sido forjado sobre la base del entusiasmo patriótico y bélico. En palabras del autor de *El Paso de los Andes*, el general Espejo: «¡Aquellos años brillaba el patriotismo puro, el entusiasmo verdadero! La emancipación, la guerra, era el símbolo de los argentinos». Aquellos eran tiempos «que ofrecían rasgos de magnanimidad, de abnegación cívica».⁷⁴

EL ALTAR DE LA PATRIA

El progresivo rescate de San Martín del olvido no se tradujo en una rápida ejecución de la iniciativa aprobada por el Congreso de repatriar sus restos sepultados en una capilla próxima a Grand Bourg, donde permanecían desde 1864, año en que sus deudos decidieron su traslado desde Boulogne-sur-mer. Ni la administración de Mitre ni la de Sarmiento destinaron recursos para saldar la deuda con la memoria sanmartiniana: la cuestionada política interior dirigida por Mitre para «pacificar» las rebeliones federales del centro oeste argentino y las críticas originadas

⁷² Ver los siguientes escritos de Tomás Guido: «El general San Martín, su retirada del Perú». *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*. IV (1864), pp. 5-15; «Negociaciones de Punchauca, 1821». *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*. VII (1865), pp. 409-458; «Bolívar y San Martín». *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*. XVI (1868), pp. 5-11.

⁷³ Véanse, entre otras, las siguientes: *Memorias del coronel Manuel de Olazábal. Refutación al ostracismo de los Carreras. Episodios de la guerra de la independencia*. Buenos Aires, 1942; y Pueyrredón, Manuel Alejandro. *Historia de mi vida. Campañas del Ejército de los Andes*. Prólogo y notas de Alfredo G. Villegas. Buenos Aires: Kraft, 1952.

⁷⁴ Espejo, *El Paso de los Andes*, p. 40.

a raíz de la prolongación de la guerra internacional contra el Paraguay (1865-1870) difícilmente podían crear un escenario favorable para hacer del acontecimiento del traslado de los restos un símbolo de unión entre las provincias argentinas.⁷⁵

Sería recién en 1877, y en sintonía con la política de conciliación entre los partidos o facciones en disputa, cuando el presidente Nicolás Avellaneda (1874-1880) juzgó oportuno activar la repatriación de los restos de San Martín, para lo cual se nombró una comisión *ad hoc* que tuvo como meta hacer efectiva la ley nacional cuyas filiales se reprodujeron en las provincias del interior del país. Ese contexto resultó propicio no solo para aprobar el decreto que autorizaba los gastos para la repatriación y organizar el concurso que terminaría construyendo el receptáculo adecuado para depositar los restos en una construcción anexa a la catedral metropolitana, sino también para encarar una serie de actividades destinadas a movilizar la opinión a favor de la iniciativa, que incluyeron desde colectas hasta la reunión de poetas como Estanislao del Campo y Olegario Víctor Andrade. Al año siguiente, la decisión oficial de instalar a San Martín como artífice de la nacionalidad argentina obtuvo un giro significativo al instaurar el día de su natalicio feriado nacional, el cual debía ser celebrado con rituales semejantes a las celebraciones cívicas del 25 de mayo y el 9 de julio. Los festejos organizados por la municipalidad de la ciudad de Buenos Aires fueron importantes: en los días previos, las plazas de la Victoria y de Marte fueron engalanadas con arcos de triunfo y palmas de laurel, al tiempo que hubo procesiones cívicas y desfiles militares. Entretanto, el Teatro Colón fue escenario de la fiesta literaria que clausuró el mismo Mitre, quien no dejó de enfatizar la deuda histórica que todavía pesaba con el libertador, además de despejar cualquier sospecha sobre la situación patrimonial del homenajeado al restituir paso por paso los bienes, salarios y rentas del general muerto en 1850.⁷⁶ El día 25 de febrero de 1878 se

⁷⁵ Para una visión sintética y actualizada del contexto político remito a Sabato, Hilda. *Historia de la Argentina, 1852-1890*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2012.

⁷⁶ La conferencia de Bartolomé Mitre en la conmemoración del natalicio de San Martín versó sobre las «cuentas» del general, tema que servía para refutar las versiones que todavía

celebró el religioso *Te Deum*, que fue presidido por Avellaneda y al que asistió el cuerpo diplomático en pleno, así como los jefes de la armada y del ejército. En la tarde, las procesiones cívicas se reprodujeron entre la plaza de la Victoria y la dedicada al héroe, donde habló Avellaneda; luego la multitud vitoreó a los guerreros de la independencia que habían asistido al homenaje y los condujo en andas por la calle Florida hasta llegar de vuelta a la plaza de la Victoria.⁷⁷ En sintonía con lo dispuesto por el decreto presidencial, en Mendoza las celebraciones adquirieron un perfil mucho más discreto, aunque resultaron significativas debido a que constituyeron la única iniciativa conmemorativa que el gobierno provincial consiguió materializar en el siglo XIX, y que solo reeditaría en 1909 cuando se inauguró la estatua ecuestre en la antigua plaza de la ciudad, que adoptó el nombre del homenajeado. El programa de actividades de 1878, destinado a enlazar «las glorias de San Martín» con las «glorias de Mendoza y de sus hijos», incluyó, como en todas partes, el oficio del solemne *Te Deum* en la iglesia matriz, certámenes literarios, un concierto en el Teatro Municipal y un baile social al que asistieron autoridades y una discreta tropa de descendientes de quienes habían integrado las «legiones» que habían cruzado los Andes, contribuyendo así a la independencia de tres naciones americanas.⁷⁸

La empresa de erigir a San Martín en el máximo héroe nacional recién pudo ser clausurada en 1880, cuando sus restos arribaron al puerto de Buenos Aires. Allí se dio cita la flor y nata del elenco de políticos reunidos en el régimen de los notables, así como un público muy variado, que incluía al emblemático regimiento de granaderos, los cuerpos de guardias nacionales, las colectividades de inmigrantes europeos y algunos contingentes de escolares especialmente vestidos e instruidos en marchas

pesaban sobre el mal manejo de las finanzas en el Perú, acusación que había hecho Lord Cochrane.

⁷⁷ Martínez Ruiz, Bernabé. «San Martín y la Posteridad». *Actas del Congreso Nacional de Historia del Libertador General San Martín, 1950*. Mendoza: Ministerio de Educación, Universidad Nacional de Cuyo, Best, 1955, t. IV, pp. 427-484.

⁷⁸ *El Constitucional* (Mendoza, 28 de febrero de 1878). Cit. en Favre, Patricia. *Deudas históricas, reparaciones escultóricas*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 2010, pp. 28-29.

militares para participar del ceremonial. A instancias de Bartolomé Mitre, un grupo de periodistas —liderados por el doctor Manuel Bilbao— formó parte de la comitiva, seguido por directores y redactores, estudiantes universitarios, miembros de la Sociedad Rural y del Club Industrial, escribanos y procuradores, sociedades barriales de la Boca, alumnos del Colegio Nacional y varias asociaciones de afroargentinos.⁷⁹

En el muelle Catalinas, Sarmiento fue el encargado de pronunciar el discurso de recepción en nombre del ejército, tal como lo había hecho veinte años atrás durante el funeral cívico dedicado a Bernardino Rivadavia. En las palabras siempre efectivas del célebre autor del *Facundo*, y como ya lo habían señalado los observadores extranjeros antes de 1830, San Martín era equiparado no solo con Bolívar, sino con Washington, esa tríada de «grandes hombres» que vigorizaron la independencia del «Extremo Occidente» ofreciendo a la antigua Europa la novedad republicana. A su juicio, la repatriación de las cenizas de San Martín coincidía con un momento propicio para saldar las heridas abiertas con el violento ciclo de guerras que por décadas había lacerado la vida argentina. En la percepción sarmientina, en los treinta años transcurridos desde la muerte del general una porción del país había conseguido sumergirse en una intensa modernización económica, social y cultural que anticipaba un destino nacional promisorio: «Harto hemos avanzado desde que vamos despacio. Hemos avanzado más que todos los otros estados americanos, con solo haber dejado sucederse de seis en seis años, tres administraciones más o menos defectuosas, más o menos justificadas, pero todas y cada una señalando un gran progreso en población, riqueza e inteligencia». Esa mirada promisoriosa y optimista sobre el futuro del país no le hacía perder de vista que los beneficios obtenidos por la «gran transformación» iban a ser arbitrados y disfrutados por las nuevas generaciones de argentinos. Es allí donde el viejo Sarmiento ubicó concretamente la oportunidad del enlace entre el pasado, el presente y el futuro, con lo cual era posible saldar la deuda con el libertador por la que venía bregando desde 1841:

⁷⁹ Sabato, *Buenos Aires en armas*, pp. 145-149.

Vosotros y nosotros, pues, hacemos hoy un acto de reparación de aquellas pasadas injusticias, devolviendo al general don José de San Martín el lugar prominente que le corresponde en nuestros monumentos conmemorativos.

Podremos respirar libremente, como quien se descarga de un gran peso, cuando hayamos depositado en el sarcófago, que servirá de altar de la patria, los restos del Gran Capitán, a cuya gloria solo faltaba esta rehabilitación de su propia patria y esta hospitalidad calurosa que recibe de sus compatriotas.⁸⁰

Finalizado el acto de recepción, la comitiva que acompañaba el traslado del ataúd se detuvo frente al monumento ecuestre en la Plaza San Martín. Allí, el presidente Avellaneda exaltó las enseñanzas del general y destacó como mejor valor haber evitado la tentación de hacer «una espada en cetro», con lo cual enarbolaba el modelo de subordinación militar del homenajeador como remedio seguro para clausurar el ciclo de rebeliones e insurrecciones armadas que habían demorado la consolidación de la autoridad nacional en el país. Luego la carroza negra y dorada que conducía el féretro —que había sido construida por dos artesanos ingleses siguiendo el modelo de la que había conducido al general Wellington al templo de San Pablo en 1852— recorrió la calle Florida en medio de la muchedumbre que acompañaba en silencio el desfile mientras las campanas de las iglesias repicaban sin cesar. Al llegar a la catedral, el féretro fue depositado en una capilla anexa especialmente construida, y al día siguiente se rezó una oración.

A partir de entonces, los monumentos de San Martín se multiplicarían casi hasta el infinito en Buenos Aires, en varias ciudades de provincia argentinas y llegarían incluso a Boulogne-sur-mer.⁸¹ En ese contexto, el «Altar de la Patria» sería objeto de nuevas intervenciones. En 1906 fueron

⁸⁰ Sarmiento, Domingo F. «Discurso pronunciado en el acto de llegar las cenizas del General D. José de San Martín al muelle de las Catalinas» (Buenos Aires, 28 de mayo de 1880). Cit. en Sarmiento, Domingo F. *Obras completas*. Buenos Aires: Belín Sarmiento, 1899, t. XXII, pp. 75-84.

⁸¹ Entre 1883 y 1906 se erigieron estatuas ecuestres de San Martín en Rosario, Yapeyú, Mendoza y Santa Fe. El 24 de octubre de 1909 se inauguró la erigida en Boulogne-sur-mer a instancias del gobierno argentino, hecho que fue acompañado por la acuñación de medallas alusivas. La estatua fue esculpida por el artista francés Henry Aluard. Véase Martínez Ruiz, «San Martín y la Posteridad», pp. 432-433.

depositados los restos del general Las Heras después de haber sido repatriados de Chile, donde había muerto en 1866.⁸² Seis décadas más tarde (1966), las cenizas del general Tomás Guido hallaron su última morada junto al Gran Capitán, dando cuenta de una monumentalidad de largo aliento en la cual la memoria de San Martín había sido ya despojada de los significados atribuidos por los fundadores del republicanismo liberal, y que el Mitre historiador había consagrado en la biografía dedicada al libertador aparecida en 1887. Aquella memoria le había permitido a Mitre colocar la revolución rioplatense a la altura de las grandes revoluciones, preservar la tradición republicana y proyectarla a escala continental, robusteciendo la imagen de la excepcionalidad argentina en el concierto de las naciones sudamericanas emanadas de las reliquias del imperio español.⁸³ Para la década de 1960, la narrativa hagiográfica ofrecida por el escritor Ricardo Rojas (1933), la versión nacionalista y católica procedente de la obra del historiador José Pacífico Otero (1930), y la iniciativa estatal que depositó en la corporación castrense la custodia del acervo sanmartiniano (1944) dotaron de nuevos sentidos el legado del libertador.⁸⁴ El mismo se cristalizó al momento de conmemorar el centenario de su muerte, en 1950, cuando la liturgia oficial no solo

⁸² El ritual coincidía con el término del conflicto entre Argentina y Chile sobre límites y la firma de los pactos de mayo de 1902. El gobierno chileno intercedió ante los descendientes de Las Heras para llevar a cabo la empresa, que fue financiada por los deudos y el gobierno argentino presidido por José Figueroa Alcorta. Los pormenores del traslado, del cortejo y del desfile militar y cívico ocuparían íntegramente el volumen 41 de la *Revista Nacional*.

⁸³ Ver Halperin Donghi, Tulio. «Mitre y la formulación de una historia nacional para la Argentina». *Anuario del Instituto de Estudios Histórico Sociales*. 11 (1996), pp. 49-69; Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo*; y Devoto, Fernando y Nora Pagano. *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires: Sudamericana, 2009, pp. 48-52.

⁸⁴ Ricardo Rojas publicó *El Santo de la Espada* en 1933. Otero, por su parte, dio a conocer su historia de San Martín en 1932 y presidió el Instituto Nacional Sanmartiniano a partir de 1933. Dicho instituto pasó a depender de la corporación militar en 1944, cuando ya Perón portaba las credenciales de ministro de Guerra y de vicepresidente. Véanse Hourcade, Eduardo. «Ricardo Rojas, hagiógrafo. A propósito del Santo de la Espada». *Estudios Sociales*. VIII/15 (1998), pp. 71-89; y Bragoni, Beatriz. *San Martín. De soldado del Rey a héroe de la nación*. Buenos Aires: Sudamericana, 2010, pp. 187-188.

equiparó su figura con la del presidente Juan Perón, sino que colocó al «héroe de la guerra» y «mártir de la espada» en la celestial dimensión de los «ángeles» y de la «gloria» merecida solo para los «justos».⁸⁵

PALABRAS FINALES

El recorrido de largo plazo aquí trazado ha puesto de relieve los contextos e iniciativas políticas e intelectuales que contribuyeron a elevar la figura de San Martín a la cúspide del panteón nacional argentino, como también ha puesto de manifiesto variaciones significativas de los usos oficiales de su memoria. Entre el momento romántico y el clima nacionalista-católico y castrense que prevaleció en la Argentina entre 1930 y 1955, emergen evidencias suficientes sobre la eficacia relativa del mito heroico y la ritualización del culto sanmartiniano en las liturgias públicas dispuestas por las dirigencias políticas e intelectuales argentinas. No obstante, y como se ha visto, la fabricación del mito no eludiría la intervención de San Martín en cuanto comprometía su propia cosmovisión sobre la historia y la política entendidas desde la perspectiva de un hombre público. El interés por preservar el juicio de la posteridad modeló argumentos y prácticas del general del ejército de los Andes en el trayecto estelar que lo condujo del Río de la Plata al Perú, y las imágenes y representaciones de ese registro autobiográfico sobre su accionar público resultarían abonadas por un acotado repertorio de memorias y crónicas difundidas antes y después de clausuradas las guerras de independencia.

Pero la intervención fue mucho más decidida en el trayecto que lo devolvió a Europa luego del fallido intento de monarquizar el Perú.

⁸⁵ La referencia procede del *Canto a San Martín*, un poema sinfónico compuesto por el músico belga Julio Perceval (radicado en Cuyo desde 1939) y el escritor Leopoldo Marechal, autor de la novela *Adán Buenosayres* (1948), quien integraba la galaxia de intelectuales peronistas reunidos en la Asociación de Escritores Argentinos (ADEA), la institución rival de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE). La puesta en escena se llevó a cabo el 30 de diciembre de 1950 en Mendoza, con motivo de clausurar las celebraciones del «Año del Libertador San Martín», que había sido establecido por el régimen peronista y que incluyó una multiplicidad de actividades en la completa geografía nacional.

En efecto, la obsesión por preservar su reputación patriótica dio lugar a una serie de operaciones que incluyeron un repertorio de iniciativas promovidas por el discreto círculo de amigos y camaradas, así como por personas del ámbito íntimo o familiar. Pero sería San Martín mismo quien en el trayecto del «ostracismo voluntario» incidiría de manera selectiva sobre su legado, contribuyendo a despojarlo de las valoraciones negativas que habían primado sobre su desempeño político y militar. A lo largo de ese extenso ciclo vital, y en medio de la sedimentación irrefutable de las repúblicas que había contribuido a forjar, las intervenciones de San Martín destinadas a modificar el juicio histórico a su favor hicieron del intercambio epistolar y la organización y clasificación de su propia correspondencia privada y pública un componente medular de su herencia política, que estaría destinado a operar como zócalo seminal de las representaciones literarias, estéticas y monumentales que siguieron a su muerte, y no solo en la Argentina, sino también en Chile y el Perú. A lo largo de esa selección de recuerdos y olvidos realizada en clave personal o familiar, las preferencias monárquicas del libertador quedaron en suspenso en el siglo XIX en beneficio de un perfil militar, americano y republicano. El manto de olvido sobre su pasado monárquico sería deliberadamente empleado por la extendida red intelectual que abonó su imagen heroica a escala continental, y retomado por las dirigencias republicanas, incidiendo decididamente en la ritualización pública de una porción para nada desdeñable de su autorrepresentación política.
